

Oscar Wilde: de la falacia a la novelería

Gregory Zambrano

La biografía de un gran hombre siempre la escribe Judas. Paradoja, ironía. La biografía de Oscar Wilde fue un drama, una novela, y muchos Judas han metido sus manos en ella. La verdad, si de eso se trata, está en su escritura, donde se pueden leer los signos de este hombre polémico y audaz. El gran tiempo ha dado la razón a su obra, ella perdura, se hace y rehace. Escapa de su época, se proyecta hacia el futuro, símbolo inequívoco del clasicismo.

En Wilde convergen los elementos especulares de la perversión, la mirada hacia sí mismo, ambigua, narcisista. Una fotografía muestra a un niño con el atuendo de una niña, la ambigüedad duró para siempre. El pequeño se ve a sí mismo como una niña, así lo querían sus padres. Entre el deseo y el orden de la naturaleza, esta último impuso su designio. El «enfant gaté», el niño echado a perder, dejaría esa impronta en cada gesto, en cada actitud, en su presencia. El adulto no pudo, no quiso, como en el juego de espejos, *devolver su verdadera imagen*, casi real, pero invertida. Su arte trasciende lo narcisista, desciende a las hondas descomposiciones del cuerpo y el alma, y resurge, brota convertido en risa o desgarradura. La cultura logra vencer al instinto. Sobrevive la cultura y el instinto desaparece con la muerte. La mirada, mediante la cual se percibe el mundo, no es un fin último sino un mecanismo: busca la contemplación hasta el hartazgo que irremediabilmente lo lleva a la escritura, y a verse desde dentro.

A esa mirada no puede escapársele solamente lo angelical sino también lo demoníaco que ponen en evidencia las contradicciones de la virtud y el orden para engendrar el caos; una peste que denigra y ridiculiza esa virtud más allá de su propia verdad, para ello utiliza unas formas imposibles de atrapar o aniquilar: las imaginarias.

La verdad sospechosa



La mirada perversa sobre el mundo no es sólo la huella de un ser dañado por sí mismo sino la devolución procesada del estigma social. Wilde era una calamidad irlandesa, vergonzosa para Inglaterra. Fue puesto en evidencia y también castigado por dejar en sus palabras las pulsiones de su tiempo. Su vida, sus acciones, estaban dibujadas con la misma tinta de la insolencia, que devino vuelta de tuerca a la estética y a la moral impoluta y comedida de su puritana época, la victoriana.

En su escritura busca asirse a la realidad para sobreponerse a la parálisis de la norma social. El deseo era su acicate para actuar y en esa actuación negaba el silencio al que le obligaban sus jueces y verdugos, los mismos que le alabaron primero y luego le abandonaron. En el fondo, el ser señalado y solitario surgía triunfante en la escritura. Sus personajes hablan al mundo como debió Wilde hablarse a sí mismo, siempre un circunloquio apenas interrumpido por el gozo efímero de la fama y el dolor interminable de la incompreensión.

Consciente de ser parte, eslabón en la cadena del arte a través de los tiempos, abrevó en las enseñanzas de la tradición, pero no tuvo pudor frente a la exploración de lo nuevo. Al abrazar la certeza de que el centro y la razón de la naturaleza están en el arte, abrió nuevas compuertas a sus seguidores e imitadores que como él daban la condición unívoca de la existencia, y hacían suya la concepción gauteriana de que es el arte lo único que existe. No era nada

sorprendente en un sujeto que veía en la paradoja una condición natural de la inteligencia. Por ello, opone su percepción artística del mundo tangible y real a una metáfora de él que a la larga se convierte en una quimera. El arte es para Wilde no sólo una forma de abrirse al mundo sino, también, el objeto que contempla con una doble certeza: mirar a través de una celosía que es en sí la estética, y percibir una visión recortada, quizás por ello mejor iluminada, del mundo. Mediante su mordaz percepción Wilde puso la verdad bajo sospecha; sus afirmaciones sobre el mundo tangible siempre tendrán un sentido paradójico que se enriquece en el tiempo. La prolijidad de sus sentencias acrecientan el goce del humor; el cinismo de sus epigramas y aforismos atentan contra las verdades rígidas de una sociedad modosa y pasiva. Por eso también su arte sigue siendo joven, quizás como el mismo Wilde, quien asumía que la juventud no era una edad sino un arte, y era lo único que valía la pena poseer.

Para quien se consideraba «The king of life», el deseo de probarlo todo fue incesante. En él la condena que pareciera encerrar el deseo existe como una enfermedad, a veces como un vicio. La observación del entorno, rasgo que se subsume en su escritura, lo presenta como un paseante, un *flâneur* que lleva prisa y que no se detiene; le importa el vértigo de las imágenes. Este hombre que se asumía en libertad, rompió los candados a la cárcel de la imaginación y, paradójicamente, cayó en la otra, la del deseo. Él utilizó su mirada irónica para entresacar y poner el dedo sobre las ironías del mundo. En esa mirada apasionada e inteligente se aferraba su conciencia de lo real, a veces saturada por su percepción sensible del entorno.

La paradoja y la conciencia irónica



El mundo está lleno de paradojas. En ellas se sumerge el artista, que las refunde en su escritura como para mirar distanciado esa sociedad que lo señala en el pecado. En su literatura lo irreal e imaginario es una especie de fe. Wilde cree en lo fantástico como en lo real y lo real pasa a ser secundario o inexistente. Esa conciencia creativa suya, mucho debe a la de Balzac. Para el escritor, lo que se ha visto carece de interés si no es algo extraordinario. Lo importante para el creador de mundos paralelos es aprehender y, sobre todo, saber mentir. Así, lo ingente es construir mundos extraordinarios a partir de los ordinarios, porque de éstos, para Wilde, no vale la pena hablar, menos escribir. Los ojos que ven el mundo ordinario lo convierten en algo especial mediante la fabulación, pero cuando la realidad es extraordinaria per se, el escritor cierra los ojos ante ella y no dice nada. Y en ello se implica el hecho de que, en la medida en que la obra wildeana aspira a la diversión o al ludismo, simultáneamente desea lo más trágico. De allí emerge la paradoja.

Su vida fue de la celebración al olvido y en el tránsito una aparente, una silenciosa complacencia colectiva de ver caído al ángel pecador. Allí se halla también la abyección de una sociedad que primero lo aplaudió y luego lo condenó. Wilde no se salvó de ella porque muchos le vieron como el predicador de un apostolado de la desmoralización.

La otredad y la máscara



Quizás Wilde fue víctima de su propio fantasma, de su elegancia y vanidad. Fue un hombre que, al decir de Borges, asombraba con sus metáforas y sus corbatas. Absorbió del mundo un exceso de realidad, que se transparentó en su obra. Buscó un cauce que tuviera un nuevo

rostro y un nuevo nombre. Tuvo un segundo aliento, limitado y menos vigoroso. Sebastian Melmoth es la otra cara de su verdad. La cárcel fue para él no sólo la expiación de culpas sino el despertar a la conciencia de ese nuevo rostro, que es como decir, de una nueva máscara. Al olvido y la repugnancia se sumó el rechazo que sobrevino luego de su encarcelamiento y que el escritor interpretó como una porción lenta de la muerte. Sus manos estaban imposibilitadas para la escritura. Su condena a dos años de trabajos forzados, que fue cumplida desmadejando los hilos de una interminable estopa, las dañó para siempre. El hombre que había declarado que el genio estaba en su vida y el talento en sus obras, estaba íngrimo ante el mundo. Esto debió ser terrible para alguien acostumbrado a la escena, a ser el centro de la conversación, del elogio y la admiración. La página en blanco era el espacio creativo del nuevo huésped que con el nombre de Sebastian Melmoth ocupaba el cuerpo resurrecto de Oscar Wilde.

Wilde exudaba de sí sus personajes, sus mundos dramáticos y novelescos mientras era ante los ojos de los demás, y quizás para sí mismo, su propio drama, síntesis de una experiencia vital terriblemente novelesca. En buena parte de sus obras existe una perversa atmósfera de belleza, al decir mallarmeano, y éste es uno de sus prodigios.

Su contacto con la normativa social y la observación de las reglas lo llevaron al límite de la burla, pero la ruptura de ese orden social, la conciencia de separación entre moral y pecado le causó la prisión, que fue para él una verdadera tragedia. Wilde no huyó para evitar un juicio que de antemano sabía perdido. Según algunos testimonios sobre su personalidad, si algo caracterizaba su voluntad fue el estoicismo, su optimismo ante la vida estuvo marcado por su carácter estoico. En la cárcel expió su conciencia. La cárcel fue para él una metáfora viva del infierno; se sumergió y volvió de él. Las huellas fueron indelebles. Nuevamente la paradoja le hacía renunciar a su libertad para entrar en ella. La cárcel fue el tránsito que durante dos años le mostró el camino hacia el fin. Imposibilitado para escribir, desgastado moral y físicamente, vivió una muerte anticipada. *Balada de la cárcel de Reading* fue quizás el antídoto para hacer patente su propia conciencia de la muerte, y simultáneamente el camino expedito para encontrarla. Otra vez acusó un exceso de realidad frente a su propia inocencia, basado en lo imaginario.



Quien asumió el oficio literario profesionalmente, con devoción, sin duda percibía el mundo negativo con ojos esperanzados. En sus dramas y en su única novela *El retrato de Dorian Gray*, la búsqueda iba dirigida hacia el bien y la virtud; pero su actuación cotidiana, que estaba siempre en evidencia de juicio, promovía la mezcla letal que lo arrojaba del contexto, que lo obligaba a la enmienda y a lo cual, sencillamente, no se opuso. Su perdición estuvo en romper la norma de lo establecido, consciente de su talento y repercusión, de su personalidad controvertida, exitosa y aplaudida. Creyó quizás que esos elementos le harían invulnerable. Se equivocó: su rebeldía y su excesiva fe en el arte como forma de vida también lo perdieron. No era sólo su homosexualidad o su escandalosa apariencia y actuación, tampoco el desparpajo y la celebración, a Wilde también lo perdió su ingenuidad.

Sobre él pesan demasiado las anécdotas y las pasiones de sus biógrafos, a la distancia de su muerte centenaria, la admiración no es más que sensata sabiduría para quienes se saben en el camino y recogen sus monedas luminosas, como lo han hecho tantos, en diversas lenguas y culturas; y como lo hicieron en la nuestra hombres como Rubén Darío, José Martí, Borges o Eduardo Barrios. Leer hoy a Wilde sin ese prejuicio que tanto se parece a la estupidez, significa cambiar el patrón de la curiosidad y de la extravagancia. Oscar Wilde es en una escritura que ha muerto demasiadas muertes y vivirá muchas vidas todavía.

©Gregory Zambrano
Ciudad de México, noviembre 2000

Publicado en:
Milenio diario, núm. 535 (México), 30-11-2000, p. 43.